



CENTENARIO DEL NACIMIENTO

DE FEDERICO DEGETAU

LOS HOMBRES SIMBOLICOS

Por Angel M. Mergal

Original

Centenario del Nacimiento de Federico Degetau

LOS HOMBRES SIMBOLICOS

Por Angel M. Mergal

Introducción

El Departamento de Instrucción de Puerto Rico se ha propuesto conmemorar el centenario del nacimiento de Federico Degetau y González renovando, en la conciencia del pueblo puertorriqueño, la presencia de un hombre simbólico de nuestra conciencia histórica. Procede, en razón de este propósito, decir una palabra con respecto a la conciencia y destino histórico de los pueblos, en razón de lo cual los hombres simbólicos vienen a ser como cifras en el libro de los siete sellos contemplado por el vidente de Patmos.

Si aceptáramos, con von Huexkull, que los animales infra-humanos tienen también una interioridad psíquica, o subjetividad, la diferencia humana, en la escala de la animalidad, sería de grado, y no absoluta. El llamado salto cualitativo, de Kierkegaard, sería un paso de avance evolutivo, no un verdadero salto. Sin embargo, nos queda todavía un hecho, el de la lengua, que sigue desafiando la hipótesis anterior. Lo que en verdad define al hombre funcionalmente es el hecho de su expresión simbólica, del cual es manifestación originaria y soberana. El lenguaje espontáneo es la imagen espiritual del hombre: su símbolo cabal. Y el lenguaje reflexivo, discursivo

y artístico, es el esfuerzo constante del hombre para simbolizar su crecimiento espiritual a medida que, por el conocimiento de sí mismo, toma posesión de sí mismo y de sus circunstancias. Por ello, podemos considerar la lengua como índice de la potencialidad creadora del hombre, de su capacidad de trascendencia.

Cuando el hombre nace de la matriz biológica es, como todos los animales, hijo de la Naturaleza. Cuando nace de la matriz de la lengua, es hijo de la cultura, de la historia y del espíritu. Este segundo nacimiento establece su diferencia cualitativa. Si en el primero trajo la imagen de su progenitora, la Naturaleza, en el segundo nacimiento también trae la imagen de su progenitora, la Historia, la Cultura. Aun le queda al hombre un tercer nacimiento, el de su individualidad creadora o personalidad. Creado por la Naturaleza y la Cultura, cuando alcanza su madurez, él también puede engendrar, primero por la biología, luego por la cultura. Los hombres simbólicos son aquellos que con mayor fidelidad portan y transmiten la imagen de su progenitora espiritual, la Historia.

El Cuarto Evangelio llama a Nuestro Señor Jesucristo el Verbo Encarnado. Con esta luminosa metáfora el evangelista da a entender que así como los hombres de destino son simbólicos de su pueblo, Jesús lo fue del sentido racional del Universo y de su destino, a lo cual llamamos Dios. Esta intuición aparece en la Biblia desde las primeras páginas del Génesis, donde Dios crea por la enunciación, en palabras, de su

voluntad. El "Fiat voluntas tua", del Padre Nuestro, es el mismo del Bereshith. Y así puede afirmar el primero y más grande teólogo del cristianismo: "Las cosas invisibles de Dios, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas..." Sobre este concepto de la naturaleza como simbólica de la divinidad se funda el principio llamado de analogía entis. Sobre el concepto paralelo de la naturaleza específicamente humana, cuyo paradigma perfecto es Jesús Nazareno, se funda el principio llamado de analogía personae. Tomado el hombre como imagen simbólica del Espíritu o Persona de Dios, San Agustín busca en su índole personal, a lo cual llama, con frase apostólica, el hombre interior, una explicación del dogma trinitario. Sobre esta distinción de hombre interior y exterior establece la diferenciación entre ciencia y sabiduría. Esta fecunda intuición se pierde por los vericuetos de la Edad Media y el Renacimiento, hasta reaparecer obscuramente en el idealismo alemán, el existencialismo cristiano y actualmente en los estudios de semasiología iniciados por Ernesto Cassirer: desde Kant y Kierkegaard, hasta Max Scheler, Karl Jaspers, Maurice Blondel, Unamuno y Ortega Gasset. En esta trayectoria aparece Hermann Christian Krause en Alemania, es adaptado por don Francisco Giner en España, y produce su máxima expresión literaria en don Miguel de Unamuno. Federico Degetau es apenas un gesto americano de esta trayectoria, como lo son igualmente Hostos y Martí. Cada uno de

ellos lleva, sin embargo, el sello inequívoco de su individualidad personal.

La analogía personae, que en San Agustín es un principio muy fecundo de compenetración científica y filosófica, en el hombre ordinario, el llamado por el Apóstol hombre carnal o psíquico, es proyección inconsciente. Este mecanismo de proyección produce dos tipos de alucinaciones de graves consecuencias en la conducta humana: el paganismo, o deificación de la Naturaleza, y el secularismo, o deificación de la Historia. Como lo específicamente humano es el potencial de trascendencia de sí mismo en una trayectoria constante de aproximación a la verdad, que San Agustín llama Dios, deificar la naturaleza o la historia equivale a postergar u oscurecer la verdad total por un logro parcial del potencial de trascendencia simbolizado en mitos de origen natural o culto, como son la libido freudiana o la dictadura del proletariado marxista. "Conocerás la verdad y la verdad os libertará", promete Jesús en el Cuarto Evangelio. Esta libertad es, sobre todo, libertad de la tiranía a la cual nos someten los mitos culturales, en detrimento del crecimiento espiritual, el auténticamente humano. "No toméis la forma de los esquemas culturales", nos dice el apóstol, "romped los moldes por la renovación, o trascendencia, de vuestro entendimiento..."

Esta directiva apostólica es lo que llamamos sentido crítico. Y con este sentido de crisis hay que acercarse a la

Historia. El modo más ingenuo de concebirla es como colección o hacinamiento de hechos, sin más criterio de selección que el cronológico, y por eso lo llamamos crónica. El segundo es la selección de aquellos hechos sobresalientes que sean consecuencia de muchos anteriores, y a su vez causa de muchos posteriores. Este modo degenera en el encadenamiento de nombres famosos, fechas y batallas de la historia oficial, que usualmente pasa por historia patria.

Después de la aceptación de la teoría darwiniana y sus consecuencias para las ciencias del espíritu, Spengler concibe la historia como la biografía de pueblos y culturas, los cuales siguen analógicamente un ciclo vital, como organismo vivo individuales: al determinismo económico marxista, corresponde el biológico de Darwin y Freud. El Espíritu Absoluto, de Hegel, se transform^a en el Proceso, de Whitehead y Huxley. Y ahora Toynbee nos da su teoría, como interacción de personas históricas y circunstancias naturales; pero es el potencial de libertad creadora del ser humano quien determina el curso de la historia. A esta teoría de Toynbee se anticiparon don Federico Giner y sus discípulos al adaptar la filosofía humanista de Krause. El marxismo, el darwinismo y el freudismo motivaron el realismo y el naturalismo literarios, donde no lo motivaron, fueron manifestaciones históricas paralelas. El humanismo espiritualista de Kierkegaard, Krause y Schelling motivaron el romanticismo alemán, el existencialismo cristiano, y finalmente el personismo literario y filosófico.

Debemos a Unamuno el concepto de intrahistoria, elevado luego por Ortega Gasset a categoría filosófica: la historia como verdad. Partiendo del presente se busca su progenie en los acontecimientos históricos que lo motivan: hombres y creaciones culturales son portadores de la historia, como el plasma sanguíneo lo es de la vida. De ahí que el verdadero historiador sea un profeta en retrospectiva, leyendo en las cifras del pasado humano el sentido del presente. El cronista o archivero provee los datos, el verdadero historiador selecciona los que llevan en sí gérmenes vivos de destino, y los hombres simbólicos son los que realizan en sí mismos esa integración de la naturaleza y del espíritu que constituye, para Toynbee, la dinámica de la historia. Entre los millones de seres humanos que participaron en la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, se destacan dos hombres simbólicos, polo y antipolo de la tensión histórica: Dietrich Bonhoeffer y **A**dolf Eichmann. Evaluar esos hombres, con sentido crítico, para determinar hasta dónde fueron y siguen siendo sensorios del tiempo creador y progenitores de la conciencia histórica de los pueblos es exigencia ineludible del verdadero historiador.

La importancia de restaurar la vida de un hombre como Degetau no consiste en precisar y describir los hechos que la constituyen, sino en percibir el valor simbólico de los mismos en la intrahistoria de nuestro pueblo. El 22 de marzo de 1911, escasamente tres años antes de la muerte de Degetau, su amigo, Rosendo Matienzo Cintrón, le escribía: "Tu no podrías

hacerme para el periódico tu autobiografía en que no ^{solo} se vieran los hechos pelados de tu historia sino la gestación de las direcciones de tu yo espiritual?"

El yo espiritual de Degetau, en cuanto pueda ser cifra del yo espiritual de su tiempo y de su Isla, fue lo que intentamos restaurar en nuestra obra de hace dieciocho años. Degetau mismo, al cabo de su vida, la percibía simbólicamente, tal vez condicionado por sus lecturas y experiencias masónicas y espiritualistas. En una página inédita, fechada el 26 de septiembre de 1912, escribía:

Serena y dulce como la imagen de una madona en la Anunciación, es la vida consagrada al cumplimiento de una misión santa que el entendimiento humano no concebiría si la intuición no lo revelase.

La vida superior tiene la razón de sus movimientos en causas más altas que la mano de los hombres. Feliz quien pueda contemplar como un panorama su propia vida y ver en las crestas de las montañas la razón de los valles y de las hondonadas. Los que no pueden mirar más que el terreno que pisan, no conocen del camino más que la pena del descenso, el cansancio del llano o la fatiga de la ascensión. Pero cuando sabemos que aquel a quien no faltan las energías que su destino demanda solo descende para subir, que los llanos no son más que pedestales de montañas, el cansancio no puede existir....

Este fragmento revela una percepción de la vida humana como encomienda sagrada, y del destino como finalidad o propósito supremo, en la realización del cual adquieren racionalidad las tensiones que constituyen la estructura de la existencia. La intuición de este destino es superior a la estrecha lógica del entendimiento, y es a la vez fuente de energía

inagotable.

Esta concepción filosófica y religiosa de su propia existencia proveyó un marco de referencia que impartió sentido a todas sus acciones. Por esta causa sus contemporáneos le llamaron idealista; por la misma, a él sus contemporáneos le parecieron desorientados. En esta incompatibilidad ideológica se origina su renuncia de 1905 y la dedicación del resto de su vida a una obra pedagógica.

En su correspondencia con don Francisco Mariano Quiñones, a propósito de haberle éste enviado sus Apuntes para la Historia de Puerto Rico, alude Degetau al momento cuando la obscura percepción de este sentido de la vida, le obligó a suspender sus actividades literarias para realizar, por su cuenta, estudios más cabales. "Tengo 28 años," escribe, "y desde los 18 que entré de redactor jefe de La Ilustración Popular no he descansado... hasta que terminó la publicación de La Isla de Puerto Rico, en cuya época comprendí que necesitaba estudiar mucho más para realizar mi sueño de ser útil a mi pueblo y a mis ideas". En esta misma carta se refiere a unos Estudios de Política Puertorriqueña que se proponía publicar. En carta de marzo de 1891 menciona don Francisco unas novelitas, publicadas por Degetau en revistas españolas, y a las cuales elogia con entusiasmo. Estas son las que en 1894 recoge Degetau en Cuentos Para el Viaje. Son ellas resultado de estos estudios, a los que se dedicaba desde 1887, y que aún no terminan.

Consecuencia de estos estudios es también la revisión que sufre su novela En el Cieno, que aparece en 1895 bajo el título de Juventud. Fruto maduro es su obra La Hermana del Soldado, inédita aún.

Lo que he llamado el núcleo de originalidad en don Eugenio María de Hostos, expreso ya en su discurso del Ateneo de Madrid en 1868, aparece en Degetau para 1894 en sus Cuentos para el Viaje. "Porque yo tengo un lema", dice en su cuento Del Vagón a la Celda. "Búscalo en las líneas y en las entrelíneas de lo que escribo, en mis ideas y en mis sentimientos... Ese lema dice sencillamente: ama y trabaja". Sus conceptos de amor y de trabajo son conceptos polares de su estructura espiritual.

En su cuento "El almohadón de la marquesa" expresó Degetau una preocupación de toda su vida: la eficacia de la palabra escrita para comunicar el contenido psíquico del autor: "Yo no sé si las ansiedades, las amarguras, los anhelos, las vicisitudes, que se alinean en una y otra de las cuartillas que escribo en las faenas de mi arte, saltarán por las entrelíneas de lo impreso a revelarle al lector esas elocuencias del trabajo..." "Cuando hablamos", dice Degetau en ¡Buenas Noches!, "nuestra vida interior colora las modulaciones de la voz; animándolas con los latidos de nuestros sentimientos. Cuando escribimos, y la palabra compuesta con letras de plomo, sufre la presión de la máquina, aparece como la flor prensada, disecada, para que se conserve entre las hojas de un libro, y precisa disponer de

un don maravilloso para comunicarle su pristina frescura, su vigoroso colorido y su finísimo y tenue aroma".

Tal vez Degetau no tuvo ese maravilloso don del estilo y la creación literarios, y trató de manifestar su núcleo de originalidad, sintetizado en su lema, en un estilo de vida y de personalidad. Desde su regreso a Puerto Rico En el umbral del nuevo régimen, título de una larga serie de artículos que publicó en El País, ya como líder obrero, con ideas de un socialismo democrático y cristiano, ya como masón, periodista, conferenciante, político, jurista y educador, empeñóse en comunicar a su pueblo todo el contenido de existencia humana concentrado en esos dos conceptos polares, que solo adquieren su pleno valor dentro del contexto de esa biografía.

Por tanto, la restauración de la vida de Degetau debe incluir, en primer lugar, un esquema cronológico de su biografía, en atención al valor histórico del tiempo en que su destino le radicó. Luego, un breve análisis de su formación espiritual y finalmente una descripción de la obra en que su tiempo humano se simboliza.

Su biografía

Federico Degetau González nació en Ponce, el 5 de diciembre de 1862. Su padre, Mathías Degetau Wood, era natural de Altona an der Elbe, aldea que pertenece hoy a la ciudad de Hamburgo. Su madre, María Consolación González y Sánchez Paez, era

natural de San Juan, Puerto Rico. Había venido a Ponce con su hermana Carmen y su hermano Federico Martín, quien era abogado y uno de los primeros magistrados puertorriqueños, nombrado por la Reina Isabel II, Juez de Primera Instancia de San Germán, el 24 de febrero de 1847. En Ponce, el Licenciado casó con Adelaida Basanta, hija del Cónsul inglés. Don Mathías había venido a Santo Tomás como empleado de la casa bancaria Overmann y Dede, de la cual su padre, Otto Georg Christian Degetau, era socio. En sus frecuentes viajes a Ponce visitaba la casa del cónsul inglés, Sr. Basanta, donde conoció a la familia González.

Don Mathías murió en Hamburgo, el 28 de septiembre de 1863; el Licenciado Federico Martín murió el 7 de mayo de 1864. Poco después las hermanas González regresaron a San Juan. El niño terminó su instrucción primaria en el Liceo de San Juan, cuyo director era para entonces, don Ruperto Rivera Colón. Ya, desde Ponce, había comenzado a aprender el inglés con un instructor particular, cuya memoria evoca en su bellísimo cuento Magia. Lo aprendió mejor con su propia madre, quien lo hablaba a perfección. Influyó también en su niñez su tío don Francisco Pérez, hijo del primer matrimonio de doña Rosalía Sánchez Paez, abuela materna de Degetau. Don Pancho Pérez era hacendado, en San Fernando de la Carolina, y también su juez municipal. Con su tío pasó el niño muchas temporadas y adquirió de él un perseverante amor por la tierra y su laboreo. En Ponce, un ilustre sacerdote puertorriqueño, don José Balbino David, fue consejero espiritual de la familia, y mentor del niño. Otra

presencia, no menos influyente, fue la de don Manuel Valdés Linares, famoso entre los diputados a Cortes en 1869.

En las postrimerías del año 1874 las hermanas González salieron hacia España, en compañía de su hijo. Visitaron en Londres a la familia Wood, y de allí siguieron rumbo a Cádiz. En esta ciudad, el jovencito de doce años fue discípulo de un distinguido krausista, Alfonso Moreno Espinosa. Don Francisco Giner había sido deportado a Cádiz a causa de las revueltas de 1875 en la Universidad de Madrid. Este fue el primer contacto del jovencito puertorriqueño con el gran maestro del krausismo español.

Doña Consuelo, buscando siempre el mejor ambiente para su hijo, se traslada a Barcelona en 1877. Muy pronto establece amistades muy valiosas, las cuales influyeron profundamente en el carácter y las ideas de Federico. Las más notables entre éstas fueron: don Jaime Vilá, director del Instituto, el Dr. José de Letamendi, el Dr. Manuel Tolosa Latour, el gran poeta don Víctor Balaguer y, sobre todo, don Francisco Pi y Margall, en cuyas ideas republicanas había de fundamentar Degetau las suyas propias.

Terminado su bachillerato en 1879, la familia se traslada a Madrid donde el joven, influido por Letamendi y Tolosa Latour, comienza estudios de medicina, que abandona luego por los de matemáticas. Como ya sabemos, por declaración del propio Degetau, en el 1880 entra de redactor jefe en La Ilustración Popular y así hace sus primeras armas literarias. En 1882 publica La

Redención de un Quinto, colección de artículos inéditos de varios autores ya famosos -Campoamor, Echegaray, Blanca de los Ríos, Letamendi, Ginard de la Rosa y otros- con la venta del cual se redimió del servicio militar a otro estudiante de medicina, Eduardo Castañer. Ese mismo año se recibe como aprendiz de masón en la Logia Acacia de Madrid.

Los hombres, bajo cuya orientación se fijó definitivamente el rumbo de la vida del joven universitario, fueron dos ilustres puertorriqueños: Julio Vizcarrondo y Román Baldorioty de Castro. A ellos debió el decidirse finalmente por la jurisprudencia. Una vez en esta trayectoria, fueron Francisco Giner, Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate y su profesor de historia, Miguel Morayta, los hombres que más hondamente penetraron en su espíritu. Letamendi le llamaba sobrino, Baldorioty lo dirigía como si fuese su discípulo predilecto, y Giner, a quien lo presentó Alfonso Moreno Espinosa en 1875, lo cuidaba con la solicitud de un padre. Cómo respondió Degetau a esta benevolencia, puede apreciarse por los trabajos que publicó y dejó escritos sobre Baldorioty y Giner y por sus Cuentos Pedagógicos, donde se expresan las ideas de Letamendi, Tolosa Latour, La Institución Libre de Enseñanza y El Museo Pedagógico.

El 30 de junio de 1888 pasó sus exámenes para optar al título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico ante el tribunal de la Universidad Central de Madrid. El título que tengo ante la vista le fue expedido el 29 de diciembre, y el mismo, en substitución del expedido el 13 de septiembre, "que fue inutilizado".

Estos detalles son leves indicadores de una década muy movida, en la cual ocurren incidentes decisivos para Degetau. Una carta del profesor Lorenzo Benito, que habría de examinarle en Derecho Mercantil, confirma esta inferencia.

En 1883 viaja a París, donde visita a Víctor Hugo, en gestiones de la Academia de Ciencias Antropológicas, de Madrid, a la cual pertenecía. En este viaje se entrevista con Manuel Ruiz Zorrilla, exilado en París, y conoce al doctor Ramón Emeterio Betances, con el cual establece una amistad permanente. De regreso en Madrid, toma parte en las huelgas estudiantiles de 1885, se ve complicado en las revueltas de la famosa Noche de San Daniel, y tiene que trasladarse a continuar sus estudios en la Universidad de Granada. Allí se distinguió ayudando las víctimas de los terremotos que sembraron espanto ese año en la hermosa ciudad. Vuelve a Madrid para 1886 y allí termina su carrera.

A su regreso a Madrid publica El Secreto de la Domadora, en la revista La Madre y el Niño, que editaba el Dr. Manuel Tolosa Latour. En 1887 funda La Isla de Puerto Rico, periódico en que daba a conocer los atropellos que cometía en la Isla el Gobernador Palacios. El 6 de febrero de ese mismo año fue admitido como socio de la Real Academia de Jurisprudencia y legislación, de Madrid, y el 30 de marzo, socio correspondiente del Colegio de Profesores de Cataluña. Sin embargo, es ese el año cuando decide suspender sus actividades literarias porque comprendió

que necesitaba estudiar más.

En los comienzos de 1888 conoció a doña Ana Moreno Elorza y Valarino, con quien casó en Council Bluffs, Nebraska, en 1902. En 1889 regresa a Puerto Rico, después de quince años de ausencia. Viaja por toda la Isla, confirma amistades, las establece nuevas y adquiere la popularidad que le llevará, en 1896, a formar parte de la Comisión Pactista, y el 29 de abril de 1898, a un escaño como Diputado a Cortes, el último de esta Provincia de Ultramar en España.

Vuelto a España, muere doña Consuelo con el año 1889. Antes de regresar a Puerto Rico, en 1896, publica Cuentos para el Viaje (1894) y Juventud (1895). Desde España envía su votodisidente con respecto al Pacto. Su correspondencia con don Francisco Mariano Quiñones ilumina este momento crítico de su vida. Desde entonces, la política puertorriqueña ocupó toda su atención. Vuelve a Puerto Rico en 22 de noviembre de 1898. Ocupó varios puestos con el Gobierno militar entre éstos, Secretario de Educación. Ayudó a establecer un gobierno civil y a organizar el Partido Republicano. El 16 de noviembre de 1900 fue electo Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington, D. C., puesto en que cesó en 1905 para aceptar el de Síndico de la Universidad de Puerto Rico, el cual ocupó hasta su muerte.

Al fijar su residencia en Puerto Rico, adquirió terrenos en Aibonito, donde construyó su Quinta Rosa-Cruz. Estos terrenos colindan hoy, por el norte, con la Casa Manresa. Todavía

pueden verse allí, rodeando un monumento de roca natural, en memoria de Degetau, las trincheras desde donde los soldados españoles se disponían a ofrecer resistencia a las tropas americanas que avanzaban por Coamo.

La fundación de la Universidad de Puerto Rico fue una de las consecuencias de las múltiples actividades de don Federico como Comisionado Residente. El tuvo plena conciencia de la crisis histórica que el Tratado de París planteaba tanto a Puerto Rico como a los Estados Unidos. Hizo todo cuanto pudo en la prensa, en conferencias, en el Tribunal Supremo, en el Congreso y por sus amistades personales para orientar la opinión y conseguir aquellas medidas prácticas que pudieran conducir a las mejores soluciones. En 1903 estuvo en Birmingham, Ala., donde le fue concedido el grado 33 de la masonería del rito escocés de Estados Unidos. El 30 de abril de ese año J. H. Philips, distinguido educador de esa ciudad, le escribe felicitándolo por su magnífico discurso, que promete enviar a George Fleming Moore, de Montgomery. Moore le escribe el 7 de enero de 1904 felicitándolo por su triunfo en el Tribunal Supremo en el caso de Isabel González. Todavía el 29 de agosto de 1913, poco antes de morir Degetau, recibe carta de Moore, quien era entonces Teniente Gran Comandante del Consejo Supremo del Grado 33, y Soberano Gran Inspector General para Alabama y Puerto Rico. Moore tenía oficinas en Nueva York y en Washington, D. C. Había gestionado, para Degetau, el traslado de Biarritz hasta San Juan, de las obras de arte que Degetau dejó en fideicomiso a la Universidad

de Puerto Rico.

En esa misma carta Moore recomienda a Degetau la lectura de The Secret Doctrine, obra de Madame H. P. Blavatsky, y la cual Degetau ya conocía. Su interés en los experimentos espiritualistas había comenzado mucho antes, y al regresar a Puerto Rico de España, en 1898, continuó estos estudios en la compañía de Rosendo Matienzo Cintrón, y otros espiritualistas puertorriqueños.

Desde su renuncia en 1905, hasta su muerte, ocurrida en el Hospital Municipal de San Juan, el 20 de enero de 1914, siguió con gran interés el desarrollo político de su Isla. En 1910 declara, en presencia de William Jennings Bryan y los más ilustres líderes políticos de aquel entonces: "No pertenezco a ninguno de los partidos locales, porque creo en la necesidad de la inmediata organización de Puerto Rico, como un Estado de la Unión Americana". Estos nueve años fueron de estudio, conferencias, gestiones en favor del desarrollo económico de Puerto Rico y de la Universidad, que esperaba ver transformarse en la Universidad Panamericana.

Su Formación y su Ideario

Al salir hacia España en 1874, Degetau llevaba ya en sí mismo los gérmenes fecundos de lo que habría de ser luego su mentalidad adulta: una sensibilidad católica liberal, hábitos de estudio, ambición de saber y el gusto por la comunicación

con adultos de prestigio intelectual. Sus dos madres, doña Consuelo y doña Carmen, fueron lectoras insaciables, su tío, Federico Martín, fue masón y liberal, el padre Balbino David, y el padre José J. Nin, en San Juan, fueron los guías y mentores espirituales de la familia. Tanto en Ponce como en San Juan, el hogar de las González fue centro de reunión y tertulia de las más prestigiosas figuras de la intelectualidad puertorriqueña, y ellas, a su vez, asistían a otras tertulias no menos distinguidas. Estos centros de comunicación intelectual fueron la única universidad puertorriqueña de entonces.

Al llegar a España, su primer y más importante contacto fue con el krausismo español. Lo había introducido en España don Julián Sanz del Río, en su discurso para la inauguración del año académico del 1857, en la Universidad Central de Madrid. Pero ni este Discurso, ni su traducción de El Ideal de la Humanidad fueron las verdaderas raíces de este movimiento, sino la acogida y aplicación prácticas de sus ideas que le dieron hombres como Castelar, Salmerón, Azcárate, Morayta, Canalejas, y sobre todo Francisco Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, el Museo Pedagógico y la Junta para Ampliación de Estudios. La reacción conservadora, capitaneada por Juan Manuel Orti Lara, fomentó tal oposición como para producir revueltas estudiantiles y llevar a la prisión en dos ocasiones, al mismo Giner. Consecuencias literarias remotas, pero tal vez las más ilustres, son Miguel de Unamuno y Antonio Machado.

Alfonso Moreno Espinosa, profesor del Instituto de Segunda

Enseñanza de Cádiz, donde primero fue Degetau, era discípulo aprovechado de Giner, y fundó allí, el 8 de mayo de 1876, la Academia Gaditana de Ciencias y Letras. El primer encuentro del joven Degetau con Giner fue en 1875, en la prisión de Santa Catalina, en Cádiz, donde fue a visitarlo con su primer padrino español. Cuando el jovencito puertorriqueño se trasladó a Barcelona, en 1877, Giner fundaba La Institución Libre en Madrid.

En Barcelona, ^{los Degetau} establecieron amistad con el doctor José de Letamendi, quien desde el 1870 era profesor de patología y anatomía en la Universidad Central de Madrid. No sabemos cómo se inició esta relación, pero sí sabemos que Letamendi, hombre de vastísima cultura, y de gran actividad científica y literaria, fue tal vez la fuerza más influyente en la formación del joven estudiante. Allí también conoció al escritor y político don Víctor Balaguer. Las tertulias en el hogar de Letamendi dejaron profunda huella en su recuerdo y de ellas escribe: "Pocos ratos espero en mi vida tan agradables como aquellos de sobremesa en casa de Letamendi, los sábados por la noche, pasados allí en familia, con los atractivos que le prestaba la dulzura angelical de Clarita, el doctor con los chispazos de su inagotable ingenio, y Balaguer con sus recuerdos llenos de poesía".

Sus primeros años en la Universidad Central de Madrid lo son de perplejidad ante la urgencia de seleccionar una carrera. Ya en un discurso primerizo, dedicado a don Jaime Vilá, director del Instituto de Barcelona, se había manifestado entusiasta

de la agronomía, entusiasmo que conservó toda su vida. Cartas de Baldorioty, Betances y Letamendi revelan que los tres le tuvieron por brillante. Sus dos intentos de novela, El Despertar del León y El Estudiante de Medicina, inconclusos e inéditos, aluden a sus comienzos en las carreras de ingeniería y medicina, que abandonó luego. Tuvo una curiosidad universal y fue un lector voraz. En La Institución Libre de Enseñanza siguió los cursos de pedagogía y derecho dictados por Giner, los de filosofía, dictados por Salmerón y por Azcárate, y los de derecho internacional e historia de la política dictados por Rafael María de Labra. Siguió con atención el debate antikrausista y finalmente se decidió por la carrera jurídica.

Los años que corren de 1882 a 1887 son de turbulencia interior y exterior; sin embargo, entre todas las disciplinas que solicitaban su atención, es el estudio del hombre, lo que hoy llamaríamos antropología social y relaciones humanas, lo que más profundamente le atrae. De ahí su máximo interés en el derecho penal, en el socialismo y en el tipo de pediatría que iniciaba el doctor Manuel Tolosa Latour. Durante estos años ingresa en la Sociedad de Ciencias Antropológicas y Morales, la cual le encomienda, en 1883, visitar a Víctor Hugo e informarle de sus actividades para abolir la pena de muerte. De su sensibilidad e imaginación tan excitables, es indicio elocuente el artículo en que relata su encuentro con Víctor Hugo.

En ese mismo viaje conoció a Federico Passy, quien en 1868 había fundado la Liga Internacional de la Paz. Cuando funda,

en 1898, la Société pour L'Arbitrage entre Nations, Degetau es uno de sus miembros, y colaborador de su mensuario. En él publica "Au Rocher de la Vierge" y "Fleurs de Noyés". La obra de Passy es precursora de la Liga de las Naciones. Desde el 1912, Degetau sostenía correspondencia sobre estas ideas con Woodrow Wilson, quien era entonces Gobernador de New Jersey. El 20 de septiembre le escribía desde Biarritz:

I firmly believe that the hour is near...
in which through the satisfaction of its own
needs, great services will be rendered to the
peace and progress of mankind, and with this
hope I consider as the best omen your election
in November next.

En 1901 Frederic Passy recibió el primer Premio Nobel de la Paz. Su creador, Alfredo Nobel, hizo su fortuna, en parte, con la venta de explosivos y armamentos inventados o perfeccionados por él. Degetau, buen conocedor del pensamiento hegeliano, tuvo siempre en cuenta esta naturaleza contradictoria y antinómica del progreso humano, sin embargo, aún en los umbrales de su muerte, no cesó en su empeño de realizar las ideas que constituyeron su estructura mental.

Cuando Degetau regresó a Puerto Rico, el 22 de noviembre de 1898, la estructura de su pensamiento estaba terminada. Todavía le era imposible "contemplar como un panorama su propia vida", lo cual solo se consigue al cabo de ella. Pero ya podía, y puede el conocedor de su obra, tener conciencia clara de la mentalidad que por ella se manifiesta.

Aunque el núcleo de su pensamiento es jurídico, en su estructura se incorporan todas las ideas y sus consecuencias para para la acción derivada de su noción céntrica del hombre, que Unamuno ha llamado la hombridad, y su carácter único. Esta visión filosófica de la vida humana es una síntesis muy personal del sentido religioso que le impartió su hogar, profundizado y enriquecido por sus vastas lecturas. Ya en febrero de 1886 publica en La Correspondencia, de Madrid, "El Sueño de un Bibliómano", dedicado a Manuel Fernández Juncos y reproducido luego en El Buscapié. Ese artículo nos sugiere una idea de la amplitud de sus intereses intelectuales, que se ensancharon e intensificaron a partir de 1887, cuando decidió que aún necesitaba estudiar más, antes de expresarse sobre los temas que más le concernían. Fue esta solidez de su pensamiento y amplitud de su saber lo que más impresionó a Francisco Mariano Quiñones en los comentarios que Degetau hizo a su artículo "La Esfinge".

"Labra tiene dos bibliotecas", le había dicho Baldorioty, "una en sus estantes y otra en su cabeza". Degetau aceptó la docencia de Labra, que le aconsejaba su mentor puertorriqueño, como aceptó la de Letamendi, Giner, Salmerón y Pí Margall. Esta construcción unitaria de la existencia obedece, en gran medida, a un impulso estético. De su madre había heredado Degetau el talento musical; de Letamendi y de sus jóvenes amigos Joaquín Sorolla y Adolfo Marín Molinas, adquirió, por contagio, el entusiasmo por la pintura. Los hombres de la Institución Libre de

Enseñanza tuvieron e inspiraron en sus alumnos este sentido religioso y estético de la vida. Conocida es, en esta dirección, la obra de don Manuel Bartolomé Cossío.

Krause había titulado su obra principal Die Urbild des Menschheit. Aunque Sanz del Río tradujo Urbild por Ideal, su verdadera traducción es arquetipo, en sentido platónico. Esta idea krausista provee el fundamento para una filosofía del derecho, la cual a través de los juristas Ihering y Röder pasa de Bélgica a Francia y de Francia a España, donde inspira las ideas de la gran penalista española Concepción Arenal y del mismo don Francisco Giner. A esta idea krausista unió Degetau las enseñanzas de antropología adquiridas en las clases que Letamendi conducía en San Carlos y en sus conferencias del Ateneo. En mayo 17 de 1882 el joven estudiante comentaba en La Correspondencia esta novedosa doctrina.

De su antropología deriva Degetau sus ideas de educación, que le llevan a aceptar las de Giner y a estudiar las de Froebel, las cuales trató de propagar en España y luego en Puerto Rico. De su antropología derivan también sus ideas políticas, fundadas principalmente en su concepto de Derechos Humanos, y su aceptación del federalismo de Pi y Margall, con preferencia a cualquier otro político español. Consideró la Declaración de la Independencia Americana muy superior a la Declaración de Derechos del Ciudadano de la Revolución Francesa, y sobre el supuesto de la honradez del pueblo norteamericano en su propósito de cumplir esa Declaración, fundó sus esperanzas para la solución del

problema político puertorriqueño.

Finalmente, su aspiración a la paz universal, al desarrollo del arbitraje como medio de solucionar los conflictos internacionales, y a la utilización del comercio como instrumento de comprensión y comunicación internacional, se funda en su concepto del hombre como Urbild, como arquetipo o fuerza de intencionalidad espiritual, en busca de su realidad a través de la historia.

Hay algunas obras en las cuales Degetau dejó expresas, de manera espontánea y concentrada, esta configuración de su pensamiento. El 14 de febrero de 1902 dictaba una conferencia en la Escuela de Jurisprudencia y Diplomacia, de Washington, D. C. sobre El Status Político de Puerto Rico. Comienza su disertación estableciendo la relación entre historia, sociedad y cultura, mostrando cómo, en el caso de Puerto Rico, a pesar del 87% de analfabetismo, informado por el General Davis, hubo una tradición culta y una clara orientación en el país. Los hombres como Power, Baldorioty, Acosta y Betances, no se dan en el vacío, son representativos de una sociedad, una historia y una cultura.

Al describir los rasgos esenciales del carácter colectivo de Puerto Rico, nos parece ver una proyección de su propio carácter: "a serenity, a love of peace... The Puerto Rican leaders clearly understood that independence is not synonymous with liberty, and practically demonstrated their faith in the power of ideas... In the matter of sanguinary glories, the Puerto Rican

people have only enough to prove that they possess the manly qualities necessary to defend their country against foreign invasion, and that these qualities are not incompatible with the love of peace". Explica el concepto de soberanía, residente en el pueblo, según el Derecho Constitucional americano, y habla de la joven República "founded upon the Declaration of Independence - upon de declaration of human rights"... y el concepto esencial de "dignidad humana". No por ello deja de reconocer la obra civilizadora de España y los valores culturales heredados por Puerto Rico y la América hispana.

Los hechos de la historia tienen, pues, un sentido revelador de los hombres que componen esa sociedad y esa cultura. Así la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. El análisis de este hecho, logrado por los Diputados puertorriqueños a las Cortes de 1868, es revelador del carácter colectivo del país, de su historia y de su cultura.

III

La Obra Simbólica

Don Federico creía en la eficacia de las ideas, y por tanto en los hechos significantes, que fuesen expresión, cifra y símbolo de las ideas. En su Conferencia de 1902, en la Escuela de Jurisprudencia, decía, refiriéndose a la política puertorriqueña en el período de 1837 a 1868: "The Puerto Rican leaders clearly understood that independence was not synonymous with liberty, and

practically demonstrated their faith in the power of ideas. They concentrated the public attention on the great ^{social} question that they thought was the first to be settled -the abolition of slavery". Esta proposición es objetivamente cierta; pero no deja de ser, por ello, una proyección de la propia personalidad de su autor. Por serlo, ha escogido la lucha abolicionista entre tantos hechos para ilustrar, lo que a su juicio, inspiró en Cortés el proceder de los Diputados puertorriqueños. Esta intuición, apenas comprendida en su adolescencia, le llevó a participar desde 1880, en numerosas actividades estudiantiles universitarias, a iniciarse en el periodismo, en la masonería, en el movimiento krausista español, en la política, y a cultivar numerosas e influyentes relaciones personales. Si bien todo esto retrasó su carrera, amplió, profundizó y finalmente logró integrar su pensamiento y su personalidad, los cuales imparten sentido unitario a su obra.

Conforme a este criterio se pueden ordenar las actividades que constituyen su vida en cinco momentos encadenados entre sí, y encontrar, a la vez, el sentido que imparte calidad de símbolo a esta vida.

1º Hasta 1879, momento de orientación y esclarecimiento de la intuición esencial: ¿qué es el hombre?

2º Desde 1880 hasta 1887, su carrera universitaria. Momento de formación por los estudios académicos, la actividad estudiantil y las relaciones personales.

3º Desde 1888-1898, momento de madurez por la práctica de su profesión, por su actividad política y por la revisión de sus estudios.

4º Desde 1898 hasta 1905. Momento de participación en la política puertorriqueña.

5º Desde 1905 hasta 1914. Momento de espectación activa.

De su primer momento, apenas debe mencionarse su traducción, inédita, del Viaje Alrededor de mi Alcoba, de J. de Maistre. Esta no es una asignación escolar; fue selección libre y no comunicada. Cabe preguntarse siempre: ¿por qué de Maistre? ¿Qué efecto pudo tener en su orientación esta obra secreta, espontánea e inédita? Sus estudios posteriores de Hugo, Passy, Flaubert, Maupassant, y finalmente sus tres cuentos escritos y publicados en francés, nos sugieren una contestación.

Durante sus años de formación inició su obra periodística. Su principal tarea fue dar a conocer en España los valores de Puerto Rico; más tarde, reclamar sus derechos y defender sus intereses. En este empeño, se afilia al partido republicano de Pi y Margall y coopera con la Institución Libre de Enseñanza, a la vez que se beneficia de ella. En 1882 publica ¡Qué Quijote!, en 1883 La Redención de un Quinto, en octubre de 1885, El Fondo del Aljibe y en el 1886 El Secreto de la Domadora. Estas dos últimas, recogidas (1886) en un solo tomo, expresan ya una mentalidad formada en el liberalismo político y en las más avanzadas ideas

pedagógicas de Giner, Letamendi y Tolosa Latour.

Su participación en los acontecimientos del 1887 y su primer regreso a Puerto Rico en 1889, lo atan definitivamente a la política isleña, bajo la bandera del autonomismo. Su íntima amistad con Balaguer, quien era Ministro de Ultramar en 1887, fue factor decisivo en la destitución inmediata del General Pa-lacios. Paradójicamente, el hecho de que en 1887 decida reducir sus actividades para dedicarse más concentradamente a sus estudios, lo revelan ya formado; lo está quien puede juzgarse a sí mismo con medida precisa. Así lo prueba el ponderado artículo que publicó en La República, de Madrid, a la muerte de Baldorioty, el 8 de octubre del 1889. Sus dos anclajes espirituales, Baldorioty y doña Consuelo, le faltan ambos para comenzar el 1890, su momento de madurez.

Durante esta década, aparte de su trabajo profesional, publica Cuentos para el Viaje, (1894) Juventud, (1895) y El A.B.C. del Sistema Froebel, (1896) Estas tres obras son expresión cabal de una mentalidad ya madura. Desde 1887, cuando decidió que necesitaba estudiar más, hasta publicar su novela Juventud, se debate en la España literaria lo que la Condesa de Pardo Bazán llamó La Cuestión Palpitante. Esta polémica, que Degetau siguió de cerca, afectó la obra de Ganivet, de Unamuno, y en un plano más modesto, la del novelista puertorriqueño. Degetau escribe con plena conciencia y deliberación de su estilo, de su técnica novelística y del contenido intelectual que simboliza en forma literaria. Estos tres componentes constituyen una

estructura íntegra, que alcanza máxima perfección en su novela La Hermana del Soldado, aún inédita. El escritor, el pedagogo, el político, el jurista y el reformador social logran, por fin, una configuración artística en sus dos grandes novelas.

Pero su participación en la política isleña, a partir de 1889, oscurece su obra literaria, hasta desplazarla totalmente después de 1898. Los excelentes cuentos escritos después de esa fecha permanecen inéditos aún.

La participación de Degetau en las gestiones que culminaron en el Pacto Sagastino fue narrada y comentada por él mismo en una serie de artículos publicados en El País. Su voto disidente, enviado desde Madrid, Al Directorio y a la Delegación del Partido Autonomista Puertorriqueño, fechado el 26 de enero de 1897, es una expresión cabal de la personalidad que habrá de producirse en sus artículos, discursos y acción política y social hasta el fin de su vida. Este voto, su conferencia en la Escuela de Jurisprudencia, ya mencionada, y su discurso en el banquete a William J. Bryan, en 1910, revelan, mejor que cualesquiera otras expresiones, quién fue Degetau.

El patriota puertorriqueño era vocal del Directorio de la Fusión Republicana, formada por los partidos Centralista, Federal, Nacional y Progresista, dirigida por don Francisco Pi y Margall. Los otros dos partidos de mayor importancia eran el Monárquico Conservador, de Cánovas, y el Monárquico Liberal, de Sagasta. Los Comisionados puertorriqueños -Gómez Brioso, Matienzo Cintrón y Muñoz Rivera- se entrevistaron con los líderes

más distinguidos: Castellanos, Labra, Cánovas, Margall, Salmerón, Azcárate, Ezquerdo, Muro, Carvajal, Moret, Maura, Gamazo, López Domínguez, Conde de Romanones, Marqués de Santa Marta y Sagasta.

Con referencia a su entrevista con Cánovas, escribe Degetau: "Aprobada por las Cortes de la Nación la ley de Bases, en Marzo de 1895, me había parecido, contra la opinión respetabilísima del jefe del Gobierno, que si realmente podía lastimarse de algún modo el honor de España -por cuya defensa debemos todos velar porque a todos nos está encomendado- era haciendo depender el cumplimiento de la ley de las contingencias de la guerra o de las eventualidades del azar, nunca bastante, por grandes ni por adversas, para mermar en un ápice el prestigio de un pueblo que tiene la conciencia de sus destinos y de sus resoluciones..." Así pensaba Degetau en 1896 con respecto a las relaciones de España y Puerto Rico.

Se ilumina mejor esta idea clave, e inspiradora de la acción política de Degetau, con dos citas más del mismo documento: Faltábale a Cánovas, según Degetau, "solo una llamada de la realidad, un hecho, que le advirtiese con la elocuencia que para todo el que piensa tiene la sugestión misma de la vida, que era llegado el momento de marchar en aquella orientación".

"Pensé que aquel hecho debía ser la solicitud de la Comisión puertorriqueña".

Los hechos, para Degetau, tienen gran importancia; pero mayor importancia su significación dentro del sentido de la historia. Al pedir la promulgación inmediata de las reformas "he creído en conciencia", escribe, "que prestaba a la causa de

mi región natal, que es la causa de mi patria entera, y a la causa de la paz, que es la causa de la humanidad, el servicio de mi modesto concurso..."

En estas tres citas se revela toda la mentalidad del pensador puertorriqueño. Podríamos concretar su núcleo de significación en una sola frase: "la plenitud potencial de todo lo creado, no importa cuál sea su magnitud visible". Volviendo a Protágoras, "el hombre es la medida de todas las cosas" por ser el punto de interacción significativa de la creación. Por él, las cosas y los hechos adquieren magnitud espiritual: del hombre a la región, de la región a la patria, de la patria a la humanidad, y ¡quién sabe si de la humanidad a Dios!

Estos hechos de que habla Degetau condujeron, no a Cánovas sino a Sagasta, a conceder a Puerto Rico la Carta Autonómica del 25 de noviembre de 1897. En las primeras elecciones de marzo de 1898 Degetau fue electo Diputado a Cortes por Ponce. Fueron estos años de angustia para Degetau. El 7 de agosto de 1898 El Heraldo, de Madrid, describía la situación de los Diputados por Puerto Rico en las Cortes españolas: "Ni el gobierno se ha acordado de ellos, ni ellos se han sentido con autoridad bastante para dar razón de su existencia". Desde Puerto Rico le escribía don Francisco Mariano Quiñones, Presidente del Consejo, pidiéndole que gestionase la paz. Degetau escribe a Sagasta y a Mckinley, hace lo que puede, y lo que puede es muy poco.

De su agonía en España regresa a Puerto Rico, todavía con esperanza y entusiasmo para aportar "el servicio de su modesto

concurso". Aquí trata de poner en acción sus ideas, y con ese propósito participó en la política local hasta marzo de 1905, cuando don Tulio Larrinaga le sucede como **Comisionado Residente** en Washington. Desde 1899 hasta 1905 Degetau no descansó un momento.

Si las primeras elecciones bajo la Carta Autonómica fueron sangrientas, las dos primeras bajo el nuevo régimen fueron sangrientas y caóticas. Degetau recorrió toda la Isla varias veces, tratando de establecer la concordia, la razón y el propósito en un mundillo de odios, intereses personales, fricciones y despropósitos de toda índole. En Estados Unidos hizo lo propio, tratando de iluminar a la nación y sus representantes en el momento cuando un exaltado panegirista de Mckinley lo llamaba The Pathfinder of the Republic. Para Degetau el problema de Puerto Rico era también el problema de ambas Américas y en última instancia el problema de la humanidad. Su último acto en el Congreso fue presentar, el 2 de febrero de 1904, el proyecto de ley número 11592 concediendo la ciudadanía americana a los puertorriqueños. El 19 de enero de 1905 tuvo oportunidad, por cortesía de los Representantes Gillet, de Massachussetts, y Williams, de Mississippi, de defenderlo en la Cámara. En los postreros días de su vida se disponía a trasladarse a Washington para seguir trabajando por la misma causa.

La fundación de la Universidad de Puerto Rico, con la intención de convertirla luego en la Universidad Panamericana, fue preocupación de don Federico desde mucho antes de su regreso

a Puerto Rico, en 22 de noviembre de 1898. Había comunicado esta idea al Congreso Iberoamericano celebrado en Madrid en 1893. Para ello obtuvo el respaldo de su joven amigo e ilustre iberoamericanista Rafael Altamira. Apoyó la idea de fundar la Universidad, creada por la Legislatura insular en 1903, y siguió luchando hasta el fin de su vida, que sobrevino mientras soñaba con trasladarse a Santiago de Chile, donde en 1914 se celebraría el Congreso Pan-Americano, para defender allí su idea. Le sorprendió la muerte soñando con establecer en la Universidad de Puerto Rico un Museo y una Facultad de Bellas Artes.

Trajo a Puerto Rico, de su íntima colaboración con Tolosa Latour, ideas para la educación de los llamados niños incurables, hoy delincuentes juveniles; defendió la descentralización administrativa del sistema escolar, propuso un proyecto de Biblioteca Circulante, sugirió la práctica de correspondencia interescolar, la fundación de un sistema de educación de adultos y un Instituto de Educación Obrera. Quiso fundar en Puerto Rico un Museo Pedagógico, siguiendo el modelo de Cossío en Madrid. Todo esto, y mucho más, fueron gérmenes precursores, algunos de los cuales brotaron y han crecido después. Puerto Rico ha reconocido la obra pedagógica de don Federico dando su nombre a nueve escuelas y a uno de los edificios de la Universidad. Calles y plazas en muchos pueblos de la Isla proclaman su nombre. El movimiento obrero ignora o ha olvidado que Degetau fue su primer líder de prestigio intelectual en la Isla. La Universidad ignora o ha olvidado que el nombre del edificio que porta su

torre, y el monumento de Baldorioty que recibe al alumno y al visitante a su entrada fueron ambas gestiones de la lealtad de un esclarecido discípulo de su maestro y padre espiritual; así como la Extensión Universitaria, y el Museo de Bellas Artes, son realización de otros sueños de Degetau. Allí debieran estar, en un Salón Degetau, las obras que para ese Museo compró el pintor puertorriqueño Marín Molinas y las cuales depositó Degetau en la Universidad en fideicomiso.

Degetau creía en la eficacia de las ideas, y por lo tanto sembró ideas. Al cesar en su puesto de Comisionado Residente y aceptar el honorario de Síndico de la Universidad, no cesó en su obra de sembrador, aunque se retirase al margen de la política activa. Fue, hasta su muerte, un espectador expectante. En su discurso, pronunciado en 9 de abril de 1910, con motivo de la visita a Puerto Rico del señor W. J. Bryan, expresó Degetau, con precisión definitiva, algunas de las ideas que le sirvieron como instrumento de su expectación. "Creo en el Estado", decía, "como en una exigencia inmediata... como creo en la necesidad que tienen los Estados Unidos de hacer de Puerto Rico pronto, un Estado para el cumplimiento de sus finalidades económicas y políticas en sus relaciones especialmente con el resto del continente americano". En este orden de ideas, menciona la doctrina de Monroe como expresión consciente de un deber que atañe a las dos Américas: el ejercicio de los Derechos Humanos proclamados en la Declaración de la Independencia.

En este mismo discurso ofrece una interpretación de la cultura, vinculada a la educación y a la índole simbólica de los hombres representativos de esa cultura, la cual nos ha servido de punto de referencia para enjuiciar el valor del propio Degetau en el decurso de la nuestra. "Es preciso rectificar un error en que suelen incurrir no pocos de los habitantes de los Estados Unidos que nos visitan", decía el orador. Se refería a presuponer "una inmensa desigualdad entre los hombres que han recibido una educación universitaria, o de una intensa cultura general, y la masa general del pueblo, a la que suponen por meras engañosas apariencias, en un estado lastimoso de ignorancia y abyección.

"En ninguna latitud puede darse ese supuesto divorcio entre los elementos que conviven en una sociedad... El hombre público no es más que la expresión aquilatada y precisa del ideal de justicia que la comunidad abriga.... En nuestro país, como fuera de él, los hombres que han representado o representan algo en la vida colectiva, tienen esa representación precisamente por cuanto son los mensajeros, los voceadores de los sentimientos de las masas". Y menciona enseguida, como el más eximio voceador puertorriqueño, el nombre de Román Baldorioty de Castro.

Conclusión

Aunque Degetau escogiese solamente el nombre de Baldorioty, a su imaginación acudieron todos aquellos que son cifras en el libro sellado de la historia de nuestra Isla. El se consideró

a sí mismo como representativo de la vocación de su terruño. Y por racional paradoja, siendo tan isleño fue también tan universal. "Amar a la patria es sentir la inmensidad del bien llamándonos a ejercerlo en ella para todas las patrias", es tal vez la expresión más cabal de su sentimiento de universalidad radicado en la más concreta particularidad: su Isla. La importancia sobresaliente que Degetau concede a la historia como desenvolvimiento de la vocación o destino de un país, esclarece su concepto de cultura, y la relación de ésta con la sociedad y la educación que hemos visto manifestada en su discurso en Homenaje a Bryan.

La realidad, para Degetau, es la correspondencia entre la racionalidad inmanente de las cosas, ya naturales, ya históricas; y la racionalidad trascendente hacia la cual, tanto la naturaleza como la historia, se dirigen. La entelequia o potencia aristotélica, paralela al arquetipo o Urbild platónico; la potencia de lo creado, y el Acto Puro, o Creador, de la teología medieval, asumen expresión poética en el hermoso cuento y Algo Más, recogido afortunadamente en los Cuentos Pedagógicos, de 1925. La misión del arte es, para Degetau, simbolizar bellamente esa realidad. He ahí la razón de haber participado en La Cuestión Palpitante, y la motivación de su obra literaria. Alcanzó el estilo que se proponía: una expresión que fuese como vitral de suma transparencia, inconspicuo pero eficaz para comunicar de autor a lector la verdad de la realidad descubierta. No trató de singularizarse, ni de distinguirse por la notoriedad de su factura y de su estilo, sino de comunicar. Todavía el tiempo, juez insobornable,

no ha fallado. Degetau no fue un genio de la literatura, sino un artífice incansable, en la novela, el cuento, el artículo periodístico, la conferencia y la oratoria. Tuvo un sentido estético de la existencia y del deber, como Giner, Cossío, Hostos y Martí. Este es el denominador común del krausismo español.

Como jurista, siguió la misma orientación. Luchó en defensa de la ciudadanía americana para Puerto Rico y por defender su status, que él creyó debía ser el de Estado federado. Su política fue consecuencia de sus convicciones jurídicas, y tanto éstas como su obra pedagógica y social lo fueron de su intuición filosófica de la realidad. Nada había pequeño o indiferente para él, quien comprendía y sentía el potencial de plenitud de todo lo creado. Así lo expresa en Y Algo Más: "Hay sobre los mundos de la ciencia mundos de ignorancia, y no es posible en nombre del conocimiento humano anatémizar la obra de Dios".

En su novela Juventud, anticipándose por muchos años a Niebla, de Unamuno, escribía Degetau: "Y en su soñar de ahora recordaba su soñar de antes, sin que ni por soñación se le ocurriera que ahora soñaba con sus recuerdos, como antes, soñaba con sus esperanzas". (Pág. 272)

La personalidad del soñador puertorriqueño imaginaba la obra de Dios como una estructura funcional con intencionalidad hacia el cumplimiento de un propósito, en el cual participa la historia humana, así como cada persona consciente, y cada organismo o cosa inconsciente. Los hombres no pueden comprender racionalmente ese propósito, pero pueden percibirlo emocionalmente, y

adscribirse a él volitivamente, por fe. En esta trayectoria hacia la plenitud, todas las cosas adquieren importancia y sentido, así el bien como el mal. Descubrirlo es obra de la ciencia y la filosofía; utilizarlo es obra de los hombres de acción; expresarlo es obra del arte; favorecer su cumplimiento es obra de la educación; impartirle continuidad es obra de la historia y la sociedad; obstaculizarlo y tal vez deformarlo es obra del mal, de la ignorancia y de la mezquindad intelectual y espiritual de los hombres. Por sobre la frustración, la muerte, la incomprensión, las rivalidades personales y la tragedia, los hombres representativos trabajan, aman, toleran, perdonan y esperan el cumplimiento de este propósito.

Degetau concedió mucha importancia a su discurso en Homenaje a Bryan. Prueba de ello es haberlo enviado en 1912 al entonces Gobernador Woodrow Wilson. En ese discurso citaba estos versos del poeta W. C. Bryant:

Yea, though lie upon the dust
When they who helped thee flee in fear,
Die full of hope and manly trust
Like those who fell in battle here;
Another hand thy sword shall wield,
Another hand the standard wave,
'Till from the trumpet's mouth is pealed
The blast of victory o'er the grave".

Y terminó diciendo: "I believe with our great poet Bryant, that those who contribute to a good cause will have their share in the credit whether they live to see the result of their labor or not".

Esto quiso ser Degetau, un colaborador en el cumplimiento del destino histórico de su terruño. Ama y trabaja sintetiza su vocación hacia la plenitud, sentida como grandeza espiritual en la

pequeñez geográfica de su Isla. Esto quiso ser, índice hacia la plenitud, y eso fue.